

MEDITACION
PARA EL QUINTO DIA.

*Ha de desear la muerte el
Christiano como Imágen de
Dios, para alimentarse del
Pan de la Verdad eterna.*

EL PAN NUESTRO DE CADA
DIA DANOSLE HOY.

Habiendo sido hecho el hombre á imagen de Dios, ha sido criado con la capacidad de conocerlo y de amarlo, que es lo mismo que decir, con la capacidad de conocer y de amar la eterna Verdad. En esto principalmente consiste su semejanza con Dios. Esto es lo que debe hacer su perfeccion en esta vida, y su felicidad

en la otra. Pero él ha borrado en sí mismo por el pecado esta divina semejanza que la mano de su Criador habia formado en él; y habiendo sido hecho semejante á la Verdad, ha venido á ser pecando, semejante á la vanidad, como dice San Agustin.

Ha sido necesaria una nueva Creacion, para formar nuevamente en el hombre esta divina semejanza. El Espiritu Santo es quien imprime en nosotros la imágen de Dios; y todo quanto él hace en el corazon del Christiano despues que tomó posesion de él por el Bautismo, es formar en él la imágen de Dios sobre 'el Modelo de Jesuchristo. Ella comienza á ser restablecida en nosotros por el conocimiento
de

de la Verdad, y alimentándose de la Verdad, se perfecciona; pero solo por la vista de la Verdad en su mismo origen, es por la que llegamos á aquella perfecta semejanza á que somos llamados. *Nosotros (a) somos ya hijos de Dios; pero aún no aparece lo que algún día seremos. Sabemos que cuando Cristo aparecerá en su gloria seremos semejantes á él, porque lo veremos tal qual él es.*

Sí. Veremos tal qual ella es á la Verdad eterna. En la luz veremos la luz. En la luz misma veremos aquella luz inmutable, aquella viva claridad, aquella fuente de vida, aquella verdad esencial, aquel Pan de la alma christiana, la hambre del

(a) Jo. 1. Ep. 3. 2.

del qual debería inflamar y consumir nuestro corazon. Pan sobresubstancial, que debemos buscar con todas las fuerzas de nuestra alma; que debemos pedir con gemidos de la mas ardiente caridad; que debemos recibir con un profundo respeto y reconocimiento, y gustar con el gusto de la mas viva fe. Esto es lo que debe hacer toda la vida de un buen Christiano, dice San Agustin (a). Lo que tenemos que hacer aqui en la tierra es desearla; porque no es aún tiempo de ver y poseer la Verdad descubiertamente. Porque ¿como podrán las tinieblas comprehender la luz

(a) *Quia modò videre non potestis, officium vestrum in desiderio sit. Tota vita Christiani boni, sanctum desiderium est.* S. Aug. in Ep. 1. Jo.

luz, el tiempo la eternidad, el error la verdad?

I.

Considerad pues primeramente, que mientras estamos sobre la tierra somos niños por lo que mira á la Verdad eterna, y que la Fe es como la infancia del Christiano. No se puede salir de ella aqui en el mundo; no se puede crecer tanto quanto es necesario para ser alimentados de la Verdad al descubierto, sino es dexando de vivir en este cuerpo mortal; y no llegaremos al estado del hombre perfecto en Jesuchristo sino por medio de una santa muerte.

¿Hasta quando pues, como niños que somos, amaremos
nues-

nuestra infancia amando la vida presente? Mientras que seamos niños, hablaremos de la verdad eterna como niños, juzgarémos de ella como niños, discurrirémos acerca de ella como niños, y quedarémos incapaces de tan sólido alimento; pero quando vendremos á ser hombres perfectos en Jesuchristo, se desvanecerá todo aquello que retenemos de la infancia. No vemos ahora la Verdad eterna sino como en un espejo y por via de enigmas, y no la conocemos sino imperfectamente; pero entonces la veremos cara á cara. Entonces veremos la luz en la misma luz, la Verdad en la Verdad, Dios en Dios, y nuestra alma quedará plenamente saciada con este alimento de la

la eternidad (a). Lo que gustamos aquí ahora con tanta alegría, es una gota de rocío con que apenas se humedecen nuestros labios; pero allá beberemos en la misma fuente, y quedará inundado nuestro corazón. Aquí no recibimos sino pequeños rayos y muy débiles; pero allí se comunicará la luz con toda su claridad. Abran pues su corazón los hijos de la luz, y prepárenlo para esta manifestación, y para esta infusión de la luz. El deseo es quien aquí forma la amplitud y capacidad del corazón. Ampliemos el nuestro con los deseos; aunque por más que lo ensanchemos, siempre será muy estrecho en esta vida, y

(a) *Societas, immortalitas, cibns, veritas.* S. Aug. Tr. 35. in Jo.

es necesario salir de ella para darle toda su extensión.

II.

Toda la vida presente debería pues emplearse en desear salir de ella para ser reunidos á la Verdad esencial; y nuestra alma debería estar continuamente exclamando con San Agustín (a): *O eterna Verdad! O verdadera Caridad! O amada Eternidad! O Dios de mi corazón!* Por Vos solo debo suspirar de día y de noche. Encended en mí el deseo de veros. Ah! Rómpace este velo de mi carne: disípese esta densa nube que me roba la vista de vuestra luz; perezca este cuerpo de tierra, que

(a) *Com. L. 7. c. ro.*

forma un caos infinito entre Vos y mi alma, y que la impide correr ácia Vos, unirse á Vos, perderse en Vos, ó Verdad sumamente amable! Perezca quanto antes este mi cuerpo por medio de una muerte christiana, y sáqueme ella de esta region de obscuridad y de tinieblas, para hacerme pasar á aquella Ciudad Santa, la qual no es otra cosa que Verdad, Eternidad, Caridad, y cuya vida consiste en ver sin velo y al descubierto, en amar sin division y sin disgusto, y en poseer sin mutacion y sin fin la Verdad misma. Vea yo aquel dia único é inmutable de la Eternidad feliz, donde los Escogidos, sentados á la Mesa de Dios, comerán aquel Pan, que no es otro

otro que el mismo Dios. O Pan vivo, eterno é inalterable! Bienaventurado el que suspira continuamente por Vos! O Pan sobresubstancial! O Verdad eterna, que alimentáis el espíritu sin consumiros, y que no os mudais en el que se alimenta de Vos, sino que lo mudais en Vos misma (a)! Verdad que sois el Verbo de Dios, Dios como él, y único Hijo suyo! Tenga yo hambre de Vos: suspire únicamente por Vos, y diga con todas las veras de mi corazón: *Padre nuestro que estás en los cielos..... El Pan nuestro de cada dia dánosle hoy.*

III.

(a) *Veritas incommunicabilis est. Veritas panis est, mentes reficit, nec deficit: mutat, vercentem, non ipsa in vercentem mutatur.* S. Aug. Tr. 41. in Jo.

III.

O sea pues que asistamos al Santo Sacrificio de la Misa, ó que comulguemos, ó que rezemos el *Padre nuestro*, acordémonos, que aquel Pan eterno que ofrecemos en aquel Sacrificio, que recibimos en este Sacramento, que pedimos en esta Oración, es Dios mismo, es la Verdad misma, que se ha mudado como en leche para ser el alimento de los hijos de la Fe, y para hacernos crecer y fortificarnos, de modo que podamos alimentarnos de él en el cielo, como se alimentan allí los fuertes.

Pensemos en este celestial Pan siempre que decimos: *El Pan nuestro de cada día danosle hoy*. Preparadnos, Señor, para

para recibirlo en aquel día eterno del Sábado y del reposo, que reservais, según vuestro Apostol, al Pueblo escogido. Pensemos sobre todo en este divino Pan quando recibimos el verdadero Cuerpo y Sangre de nuestro Salvador en el Divinísimo Sacramento del Altar, el qual es una misteriosa prenda que se nos ha dado, para comenzar á hacernos vivir desde este mundo con la vida de Dios, esperando » que » háyamos llegado á la abundancia inagotable de aquella bienaventurada region, » en que la Verdad es la carne » incorruptible con que Dios » alimenta eternamente á sus » Santos y Escogidos (a). »
No

(a) S. Ag. Conf. L. 9. c. 10.

No dexemos de pedirlo como hijos hambrientos, hasta que seamos alimentados con él, hasta que quedemos plenamente satisfechos, y como inundados del gozo de la Verdad, que forma la bienaventurada vida (a).

I. VIRTUD.

El Deseo de ver á Dios.

LA vida de los Angeles, dice San Agustin (b), es el ver á Dios: la vida de un Christiano es aspirar á la vista de Dios, y es un comenzar desde esta tierra la vida de los Angeles, el desear fervorosamente

(a) *Beata quippe vita est gaudium de veritate.* S. Aug. Conf. L. 10. c. 23.

(b) *Inchoasti ipso desiderio vitam Angelorum.* S. Aug. Tr. 38. in Jo.

te la vision beatífica. Ninguna cosa pues da mas á conocer la corrupcion del corazon humano que este disgusto, ó por lo menos, este poco deseo, este desgano que tenemos de la vida del cielo, y la indiferencia en que estamos por una felicidad, por cuyo goce deberiamos suspirar de dia y de noche.

Tiene el Christiano en el fondo de su corazon un deseo de ser feliz. La razon y la experiencia le enseñan y lo convencen, que todos los placeres y bienes de este mundo no pueden darle esta felicidad que tanto apetece. La Fe le hace conocer, que no puede conseguirla sino viendo á Dios y gozándolo. Todos los dias hace profesion en el Símbolo, de creer y de esperar la vida eter-

eterna, *la vida perdurable*. Esta vida se contiene en la venida del Reyno, que tambien pide todos los dias, diciendo: *Venga á nos tu Reyno*. El sabe que no hay cosa alguna que igualar pueda esta felicidad, y que el Espíritu de Dios, para expresar la gloria de los Santos, se vale de las expresiones mas enérgicas y magníficas, diciendo: que ella es el poseer una herencia incorruptible é inalterable; el reynar con Dios, y estar como sentado sobre su Trono; el estar lleno y penetrado de su Magestad; el gozar de su reposo; el estar en su Seno, estar como anegado en el torrente de su alegría; el ser heredero de todos sus bienes, y coheredero de su Hijo: que ella es una participacion de

de la gloria de este Hijo, el qual es glorificado en sus miembros; que es un contemplar la gloria de Dios; que es un ver á Dios tal qual él es: todas las quales son expresiones de los Apóstoles y del mismo Jesuchristo, á las que añade San Pablo, que *ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni corazon humano puede comprehender lo que Dios tiene preparado en la Gloria á los que lo aman*.

Y despues de todo esto, ¿estan rara la sed y el hambre de los bienes celestiales! ¡Y no deseamos ver á Dios! ¡Y no se abren con ansia las bocas de nuestros corazones ácia la fuente de las aguas celestiales, ácia aquella fuente de vida que está en Vos, Dios mio, y que no es otra sino Vos mismo!

mo! O mi Dios! Haced que yo corra con ímpetu y continuamente á vuestro Seno, por que sin Vos y fuera de Vos yo soy infeliz, y todos los bienes que no son mi Dios, no son mas que pobreza y miseria. Deseo ver á Dios. Deseo ver á Dios. *Deseo morir y estar con Jesuchristo.*

II. VIRTUD.

La Pureza de corazon.

LA impureza de nuestro corazon no solamente nos impide el ver á Dios, segun aquellas palabras: *Bienaventurados los limpios de corazon porque ellos verán á Dios*, sino que nos impide tambien el desearlo y el buscarlo, segun aquellas otras del Sabio: *Bus-*
cadlo

cadlo en la simplicidad de vuestro corazon. Esta pureza y esta simplicidad ó sencillez, no consiste solamente en desterrar de nuestro corazon los deseos impuros; sino tambien en tener un corazon apartado de todas las criaturas, y unido solamente á Dios. Porque, como dice S. Agustin, nosotros somos lo que amamos; y si nuestro corazon ama los bienes carnales y las cosas terrenas, él queda carnal y terreno.

Pero lo que sobre todo hace al ojo del corazon puro y capaz de ver á Dios, es la pureza de intencion, por la qual buscamos pura y únicamente á Dios en todas nuestras acciones y deseos, y no nuestra propia satisfaccion, ni la gloria de los hombres, ni una vanísima

reputacion y fama. *Si agrada-
se á los hombres* (decia S. Pa-
blo), *no sería siervo de Jesu-
christo.* Y si no se puede ser
siervo de Jesuchristo quando
se quiere agradar á los hom-
bres, ¿se podrá acaso tenerlo
por Esposo quando no hay in-
clinacion ni complacencia sino
por el mundo? Una alma que
quiere agradar á otros, fuera
de su Esposo, ¿podrá lison-
gearse que le es fiel, y que es
una de aquellas Esposas puras
y castas, que no amando sino
á su Esposo, no pueden vivir
sin él, y no desean otra cosa
que á él, porque solo á él quie-
ren y piensan agradar?

Esta pureza de intencion
por lo que mira al fin, trae
tambien consigo la pureza de
la eleccion de los medios para
con-

conseguirlo. Estos medios son
el camino del Evangelio, y el
exácto cumplimiento de las le-
yes de Dios, y de su Iglesia.
No hay mas que un camino
para ir á Dios, y este es el que
Jesuchristo nos ha señalado
con su Sangre. Todos los de-
mas caminos que quieran los
hombres substituir á éste, son
tanto mas sospechosos y me-
nos amables á los que buscan
á Dios pura y sencillamente,
quanto menos tienen en sí el
carácter de la cruz y de la
mortificacion de Jesuchristo,
y quanto mas lisongean la de-
licadeza y la relaxacion de
nuestra viciada y corrompida
naturaleza.

La pureza de corazon, que
como hemos dicho, consiste
en la unidad del fin y de los

M me-

medios, es un soberano medio para encender y hacer crecer en nosotros el deseo de ver á Dios. Un corazon que lo busca de esta manera, puede decir con fiadamente con el Profeta: (a) *¿Qué desearé yo en el cielo sino á Vos, y qué cosa he deseado sobre la tierra sino solo á Vos? Mi cuerpo y mi alma desfallecen por este deseo, ó Dios! que sois el Dios de mi corazon, y mi porcion para siempre. Perecerán los que encaminan á otra parte sus deseos y sus afectos, y perderéis aquellas almas adúlteras que se separan, de Vos. Pero por lo que á mi toca, mi único bien, consiste en unirme solo á Vos, ó Dios mio! en no esperar sino*
en

(a) Psalm. 72.

en Vos, y en no desear sino á Vos.

Exámen, Humillacion, Penitencia y Rosario.

MEDITACION PARA EL SEXTO DIA.

Ha de desear la muerte el Christiano como pecador, para satisfacer plenamente á la Justicia de Dios, y recibir la perfecta remision de sus pecados.

PERDÓNANOS NUESTRAS
 DEUDAS ASI COMO NOSOTROS
 PERDONAMOS A NUESTROS
 DEUDORES.

LA paradoxa del deseo de la muerte, parece aún más increíble en esta circunstancia

cia que en las otras. Porque ¿qué cosa hay mas temible para un reo que el suplicio? ¿Y como el de la muerte no lo será aún mucho mas para aquel á quien la Fe enseña la incertidumbre del estado que debe seguir á la muerte? Pero dadme un corazon verdaderamente arrepentido, un corazon inflamado del zelo de la Justicia de Dios: dadme, digo, un tal corazon, y él comprehenderá, que la muerte, por mas terrible que ella sea, es para él una verdadera ganancia: *Mori lucrum*. Porque si él, considerándose á sí mismo y á sus pecados, de todo teme, tambien lo espera todo, mirando la Misericordia de Dios, y los merecimientos de Jesuchristo: y como su esperanza es sólida, bien

bien lexos de apagar en su corazon el espíritu de penitencia, antes lo enciende mas, y le hace por consiguiente desear sufrir, y sufrir la muerte.

El sabe muy bien, que aunque la muerte de ningun hombre no puede por sí misma satisfacer plenamente á la Justicia de Dios; pero tampoco ignora que ella es, á lo menos, la satisfaccion mas conveniente que él puede ofrecerle; la mas indispensable de todas, como escogida por Dios y mandada por su Justicia; la mas necesaria; y la que mas lo asegura de no volver á caer en el pecado. A mas de esto: la muerte de un Christiano, unida á la de Jesuchristo y á sus infinitos méritos, es una penitencia preciosa, y de mucha

honra á los ojos de Dios, por mas vergonzosa é infame que pueda serlo á los del mundo. Por esto un pecador, animado contra sí mismo por el amor que tiene á Dios, y aborrecimiento al pecado, lexos de pretender la Misericordia del Señor sin hacer penitencia de sus culpas, desea por el contrario, que Dios vengue sobre su cuerpo y sobre su vida la injuria que le ha hecho el pecado, y que tome de él la mas completa satisfaccion que puede tomar en esta vida, executando quanto antes sobre él la sentencia pronunciada contra todos los hijos de Adan.

I.

Jesuchristo no ha muerto por necesidad, sino por bondad;

dad; y solicitando con su Padre nuestro perdon y nuestra gracia, le ha ofrecido su vida, para que ella sea el precio, y ha vivido en un santo deseo de dar el último complemento al sacrificio de su muerte por nosotros.

Apliquémonos á adorarlo en estos ardientes deseos con que deseaba la muerte por satisfacer por nuestros delitos, y por el zelo de la Justicia de Dios, á que se reconocia sujeto como Víctima de Dios por todos los pecados del mundo. El que hubiese podido penetrar en el Santuario adorable de su Divino Corazon, para ver allí lo que pasaba á la vista de su Padre, quando deseando lavar con su Sangre nuestros pecados sobre la Cruz, exclamaba

maba (a): *To debo ser bautizado con un bautismo, y oh! quanta ansia tengo hasta que lo vea perfeccionado.* El que, digo, hubiese visto su corazon en aquel momento, habria en él visto lo que cada uno de nosotros deberia sentir en el suyo, y lo que, por lo comun, no sentimos. Porque ¿quien no tiembla solo al oír nombrar, y mucho mas, al acercarse la muerte? Ello es cierto, que el Alma misma del Salvador quedó turbada; pero San Agustín nos enseña, que nos guardemos bien de imaginarnos que el Alma Santísima del Hijo de Dios sintiese pena por salir de este mundo, ó que estuviese apegada á la vida presente, ó que

(b) Luc. 12. 50.

que la faltase fuerza y vigor para completar su Sacrificio.

¿Pues como, ó Señor! le mandais á mi alma que os siga, si está conturbada la vuestra? Si la misma Fortaleza parece que desmaya, ¿como me sostendré yo, que soy la misma debilidad, la misma flaqueza? Pero ya me parece que me respondeis al fondo de mi corazon, que por esto puntualmente podré seguiros, porque Vos tomais sobre Vos mismo mi flaqueza para vestirme de vuestra Fortaleza. No os abatís hasta mis enfermedades, sino para levantarme á vuestra fuerza. Quando me animabais á aborrecer mi vida en este mundo para conservarla en la eternidad, era la voz de vuestra fuerza la que entonces me ha-

hablaba: y quando decís que vuestra alma está triste hasta la muerte, es la voz de mi enfermedad y de mi flaqueza la que habla en Vos. Vos os cargais de mi tristeza, de mi timidez, y esta timidez cargada por la misma Fortaleza, elevada, santificada, y por decirlo así, divinizada en vuestra Persona, viene á ser para mí una fuente de fuerza, de valor y de confianza.

¡O Sumo Mediador entre Dios y los hombres, Dios sobre nosotros, Hombre por nuestro amor! Yo veo que siendo la misma Omnipotencia, entráis en esta turbacion por un movimiento voluntario de vuestra caridad, para consolar y para impedir que perezca por el abatimiento y por la

la desesperacion tan gran número de miembros de vuestro Cuerpo, que quedan conturbados á la vista de la muerte, por una necesaria consecuencia de su enfermedad y miseria. Esta turbacion y este temor son los preparativos del gran Sacrificio, mediante el qual les obteneis la remision de sus pecados, y sin el qual no habria aliento para decir: *Perdónanos nuestras deudas.*

II.

No debemos pues decir jamas estas palabras, sin poner los ojos de nuestra fe y de nuestro agradecimiento sobre Jesuchristo, que muere por nuestros delitos, y que es en este estado el único fundamento

to de nuestra confianza. El es verdaderamente el Cordero de Dios: esto es, la Víctima que ante él se ha cargado de nuestros pecados para quitarlos. Por eso la Iglesia nos lo pone frecuentemente á la vista bajo este aspecto, para hacernos acordar que ha muerto por nosotros, y que solo en virtud de su muerte podemos pedir á Dios misericordia.

El verdaderamente ha tomado sobre sí nuestras enfermedades, y se ha cargado de nuestras miserias y de nuestros males. El ha sido herido por la mano de Dios, y humillado por nosotros. Por nuestras iniquidades ha sido cubierto de llagas, y por nuestras culpas ha sido azotado. Nosotros hemos quedado sanos mediante

sus

sus heridas, porque el Señor lo ha cargado de las iniquidades de todos nosotros. El ha sido ofrecido y sacrificado, porque así lo ha querido; y no ha abierto la boca para quejarse, habiéndose dexado llevar á la muerte como una oveja, sin hablar palabra, no de otra suerte que un Cordero, el qual está mudo delante del que lo trasquila. *Manso en su vida, dice San Agustin, mudo en su muerte.*

En esta pintura que nos hace Isaias de Jesuchristo, que muere por nuestro remedio, nada resalta mas que la sumision con que muere. Se ve en él la disposicion de una santa Víctima, que se dexa maltratar, herir, destrozarse y sacrificar á gusto de aquel que tiene

N

de-

derecho para disponer de su vida. Esta es la disposición principal y continua que aparece en el Sacrificio del Cordero de Dios, y el origen de todas las demas. A la verdad, San Pablo parece haberlas incluido todas en la obediencia: obediencia tan larga como su Sacrificio, que comenzó por aquellas palabras: *To vengo, ó mi Dios! para hacer vuestra voluntad*, y terminó con estas otras: *No se haga mi voluntad, sino la vuestra*, de lo que San Pablo tomó ocasion para decir, que fue *obediente basta la muerte*, habiendose dexado quitar la vida, del modo que un Cordero se dexa trasquilar la lana. Jamas fue oído que-xarse en medio de los mas acerbos dolores: jamas fue vis-

to justificarse, aun siendo la misma inocencia. Nada hizo para evitar la muerte, aunque pudiese hacerlo todo, solo con quererlo.

Ved ahí el objeto adorable con que debemos familiarizarnos en toda nuestra vida, y el Modelo sobre que debemos estudiar con el espíritu de la fe en la oracion y á la vista de la muerte, para que podamos imitarlo quando llegue la hora de nuestro sacrificio. Solo entonces conoceremos bien si nuestros deseos han sido verdaderos, ó si no ha sido una ilusion la que nos hacia juzgar que no estábamos apegados á la vida, y que deseabamos salir de ella. Si hemos deseado sinceramente ser bautizados con este segundo bautismo, lo recibire-

mos con una perfecta sumision al órden de Dios, y á la sentencia de su Justicia. Haremos del suplicio de nuestros pecados un sacrificio voluntario, que unido al de Jesuchristo, de quien recibe toda su virtud, pueda honrar á Dios, expiar nuestras culpas, y hacernos recibir el perdon que todos los dias pedimos diciendo: *Perdonanos nuestras deudas asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores.*

De este modo imitarémos la dulzura, la paciencia, la humildad, la obediencia y la caridad del Cordero que ha muerto por nuestros pecados sobre la Cruz. Lejos de quejarnos de nuestros trabajos: lejos de cumplir flojamente con las obligaciones de nuestro estado ó insitu-

tituto: lejos de desear la vida contra el órden de Dios, y de mirar la muerte con tristeza, con poca paciencia, con dolor y pena; antes la veremos como la executora de la voluntad y de la justicia de nuestro Dios, y nos consideraremos como una víctima entre las manos de Jesuchristo, para serle sacrificada, y conseguir por este medio el perdon de nuestros delitos.

III.

Comenzamos en nuestra vida este sacrificio por la mortificacion de nuestra pasion dominante, de nuestros sentidos, y por la de nuestra voluntad, que deben dar principio á la inmolation de nuestra víctima, y continuarla hasta que la muer-

muerte venga á darla el último golpe. Lloremos continuamente sobre nosotros mismos, como Jesuchristo exórtaba á hacerlo á aquellas mugeres de Jerusalem, quando iba á derramar su Sangre por nosotros sobre la Cruz, puesto que á nosotros nos hablaba tambien en persona de ellas. Los pecados no se perdonan, dice S. Pablo, sin efusion de sangre, esto es, sin la muerte de la víctima. Ya murió Jesuchristo por nosotros: *Vamos pues y muramos con él*, como decia el Apostol Santo Tomas. Salgamos fuera del campo, y sigámoslo llevando la ignominia de su cruz, esto es, muriendo en espíritu de humillacion, como una res que está sacrificada á la Justicia de Dios, y que se alegra de

de satisfacer lo mas perfectamente que puede. Si entendiesemos bien lo que es estar cargados delante de Dios con el peso de vuestras culpas y delitos, y ser por toda vuestra vida deudores á su Justicia, pediríamos á Dios que nos sacase de un estado tan miserable y tan terrible á los ojos de la fe: desearíamos que se llegase la hora en que seremos perfectamente reconciliados con nuestro Dios y nuestro Juez, recibiendo para siempre y por siempre esta plena, inmutable y eterna remision de nuestros delitos; suspiraríamos porque llegase la hora de nuestra muerte, y repetiríamos con mas fervor aquellas palabras de deseo y de gemido que Jesuchristo ha querido tuviese-
-ido mos

mos todos los dias en la boca:
*Padre nuestro que estás en los
cielos..... Perdonanos nuestras
deudas.*

I. VIRTUD.

El Espíritu de Penitencia.

UNA alma que se ve ya en puntos de comparecer ante Dios, (¿y quien puede decir que no está cerca este momento?) debe pensar seriamente en purificarse con la penitencia, por mas pura que le parezca haber sido su vida. Porque ¿ay de la vida mas inocente de los hijos de Adan, si Dios la juzga sin misericordia! La vida de un Christiano debe ser tan santa, y las qualidades que tiene de hijo de Dios y de miembro de Jesuchristo, lo obli-

obligan á virtudes tan eminentes y tan divinas, que es preciso llenarse de espanto al comparar la vida que se pasa frecuentemente con la que debia pasarse. Lo que hemos prometido en nuestro Bautismo es tan perfecto, que aún los Sacerdotes del Altísimo se reconocen culpables, y se acusan al pie de los altares de muchos pecados, faltas y negligencias (a). ¿Y qué? La omision misma de la penitencia ¿no es ella sola un motivo bastante para hacer penitencia en un Christiano cuya vida ha debido ser toda, como dice el sagrado Concilio de Trento, una penitencia continua?

709 70100 93 oblatione Pero
(a) Confiteor Deo... quia peccavi nimis cogitatione, verbo, & opere una culpa &c.

Pero lo que yo aqui pido no son solamente las obras exteriores de penitencia, las quales cada uno de nosotros debe hacer midiéndolas sobre su estado, sobre sus fuerzas, sobre su edad, sexó, y sobre sus pecados, acerca de lo qual no puede darse otra regla general sino la de no hacer nada considerable sin el dictamen y consejo de un sabio y prudente Confesor; lo que yo pido aqui principalmente, ó por mejor decir, lo que el Evangelio y la Justicia de Dios pide general é indispensablemente á cada uno de nosotros, es *el espíritu de penitencia*, esto es, un corazon contrito, humillado, y penetrado de dolor por haber ofendido á su Dios: un corazon que sienta el peso de sus

sus iniquidades, y que diga como el Profeta: *Se han cargado sobre mí como un peso muy gravoso*: un corazon que gima siempre delante de Dios por sus pecados, y que esté vivamente persuadido á que no tiene ya derecho á ninguna otra cosa que á la penitencia; y que la gracia misma de la penitencia no le es en algun modo debida, sino que es un don gratuito de la pura Misericordia de Dios, la que no puede obtener sino por la Sangre y por los méritos de Jesuchristo. Un corazon tal, no dexa jamas de pedirla humildemente á Dios por nuestro Señor Jesuchristo: arregla su vida de tal modo, que no halla en ella cosa alguna que ofenda á Dios, y que lo haga indigno de esta gracia: la

la llena de buenas obras: se grangea amigos para con Dios con limosnas proporcionadas á su caudal y á sus demás obligaciones: se separa quanto puede y permite su estado del comercio del mundo y de sus vanas alegrías: fomenta los buenos deseos que Dios le da del Pan cotidiano de su divina palabra: la palabra la fomenta con la oracion, ésta con el ayuno, ó á lo menos con una sobriedad uniforme, y con una privacion no afectada de todo aquello que no sirve sino para lisongear la naturaleza, y para dar gusto á los sentidos. Está dispuesto á recibir con una perfecta sumision las penitencias que Dios mismo exigirá de él con las enfermedades, aflicciones, desgracias, pérdida

da de bienes temporales, y con todo aquello que Dios juzgará á propósito emplear para purificarlo y ponerlo en estado de satisfacer á su Justicia. Acordandose por último que ha cometido las cosas ilícitas; se priva por espíritu de penitencia aún de las diversiones lícitas que pueden tomar las almas inocentes que no han maachado con la culpa mortal la preciosa vestidura de su Bautismo.

II. VIRTUD.

La Humildad.

ES imposible que la verdadera humildad no desarme la Justicia de Dios, que está pronta á descargarse sobre el pecador. Si. Un Dios ofendido

O cede

cede á la prueba de una verdadera humildad. El resiste al soberbio lleno de obras buenas; pero se muestra favorable al humilde, aunque lleno de iniquidades. Sin la humildad, las obras buenas de los Justos, las austeridades de los penitentes, no son agradables al Señor en manera alguna. Solo la humildad suple todo, y obtiene todo de la Bondad divina. ¿No has visto tu á Acab humillado delante de mí, dice Dios al Profeta Elias? Pues porque él se ha humillado delante de mí, no castigaré su casa mientras él viva (a). Y con todo, Acab era el enemigo del culto de Dios, un idólatra, el opresor de los pobres, el perseguidor

(a) 3. Reg. 21. 29.

dor de los Profetas, hasta haberles dado la muerte, y un hombre vendido al pecado.

Pongámonos pues frecuentemente á los Pies de Jesu-christo á imitacion de la pobre Cananea, como pequeños perillos, indignos de que Dios nos mire, y antes bien muy dignos de ser desechados, y de no tener parte alguna en sus misericordias; pero llenos sin embargo de una firme esperanza, fundada sobre los méritos de nuestro Salvador.

Entremos en la disposicion de aquel pobre Publicano, rico de humildad, el qual se está lejos del Santuario, no se atreve á levantar los ojos al cielo, se hiere el pecho con un vivo dolor de sus pecados, y ocupado solo en sus miserias, no pien-

piensa en otra cosa que en atraer sobre sí con sus gemidos la misericordia de Dios.

Derramemos sobre los Pies de Jesuchristo el agua de nuestras lágrimas, y sobre los pobres, representados en aquellos santos Pies, abundantes limosnas. No tengamos dificultad en ponernos alguna vez en lugar del Buen Ladron, que ya no tiene sino un momento de vida, y que se aprovecha de él, recurriendo á su Salvador, y dexandose con viva y humilde fe en los brazos de su misericordia. Muchas veces en la sagrada Escritura se le dá á la penitencia el nombre de humildad, porque ésta es la parte principal, y como el alma, la virtud y el fondo de la penitencia, que no es otra cosa,
como

como la ha definido Tertuliano, que el arte de humillar al hombre, y de ponerlo por este medio en estado de atraer sobre sí la misericordia de Dios (a).

A esto pues debe aplicarse el alma antes que llegue la muerte; y por tanto no hay cosa que debamos pedir á Dios con mas fervor, que la gracia de conocer bien nuestra nada y nuestra indignidad, como criaturas y como pecadores, y la de tener siempre á la vista, como nuestro modelo, las incomprehensibles humillaciones de nuestro Salvador. Su humildad es el remedio de nuestra soberbia, y debe ser tam-

(a) *Humilificandi disciplina, conversationem injungens misericordie Dei illicem.* Tertuli.

tambien el exemplar de la nuestra. Aprendamos pues de él á ser mansos y humildes de corazon, á despreciar á nosotros mismos, á no despreciar á nadie, á despreciar la honra y la gloria del mundo, y á despreciar el mismo desprecio: esto es, á no irritarnos por el desprecio que se hace de nosotros, por las murmuraciones, por las calumnias, por los falsos juicios, por los malos tratamientos &c. Consideremos que esto y mucho mas merece un pecador que ha tenido la insolencia de despreciar á Dios: que todo esto es un remedio contra nuestra soberbia y presuncion, y un medio que Dios pone en nuestras manos para expiar nuestras culpas, y prepararnos á una santa muerte.

Exá-

Exámen, Humillacion, Penitencia y Rosario.

MEDITACION

PARA EL SEPTIMO DIA.

Ha de desear la muerte el Christiano como hijo de Adan para no ofender ya mas á Dios.

Y NO NOS DEXES CAER EN
TENTACION.

AUNQUE seamos hijos de Dios, miembros de Jesu-christo, templos del Espíritu Santo, y justificados por su gracia, no dexamos por eso de ser hijos de Adan. Traemos siempre con nosotros la imágen de este hombre terrestre, sentimos sus inclinaciones en el fondo de nuestro corazon, y

si

si el hombre interior está en parte renovado y hecho participante de la adopcion divina; el hombre exterior está siempre viciado, y en la vejez de su primer origen. Es un enemigo que alimentamos en medio de nosotros mismos, y que está siempre pronto á darnos el golpe de la muerte. Es un cuerpo de pecado, de donde mil pensamientos malos, mil deseos deshonestos, ya deliberados, ya indeliberados, mil movimientos desreglados y mil tentaciones vergonzosas, continuamente se forman y se levantan contra el espíritu, y le dan fuertes batallas, de las que no escapará sin un auxilio sobrenatural, que no le es en manera alguna debido.

Aún quando el Espíritu
Santo

Santo no nos hubiera obligado á creer que esta vida es una tentacion y una continua batalla, ¿podríamos acaso dudar de esto? ¿Hay por ventura alguno que no conozca por su propia experiencia, que no hay que esperar paz en esta vida, ni con el mundo, ni con el demonio, ni con nosotros mismos, que somos nuestro mas peligroso enemigo? ¿Puede uno acordarse sin temblar, de la funesta experiencia que tiene de la flaqueza humana, y de las heridas que ha recibido en esta cruel guerra de la carne contra el espíritu? ¿Puede acaso dexar de desearse el quedar libre quanto antes de este angel de Satanás, de esta corrupcion y de esta miseria? Es preciso ser insensibles para no

sus-

suspirar porque llegue el último efecto de la divina adopción, á fin de que nuestra alma quede perfectamente libre de esta continua guerra.

Y pues, según S. Agustín, el principio de la felicidad es conocer bien quan miserables somos; pidámosle á Dios la gracia de sentir mas y mas la miseria del estado presente; de conocer el peligro en que estamos á cada momento de esta vida, de perder para siempre la de la feliz eternidad.

El Espíritu Santo ha comprendido todas las tentaciones en la *concupiscencia de la carne*, en la *concupiscencia de los ojos*, y en la *soberbia de la vida*, que es lo mismo que decir, en los placeres de los sentidos, en la curiosidad del espíritu,

piritu, y en la soberbia del corazón.

I.

Si reflexamos un poco sobre las tentaciones que nos vienen por ocasion de nuestro cuerpo y por parte de nuestros sentidos, ah! ¡qué de peligros! ¡Qué violencia no sufren las personas buenas! ¡Quantos combates y batallas tenemos que sostener contra nuestros mismos ojos! No hablo ahora de aquellas personas entregadas al vicio, *cuyos ojos estan llenos de adulterio y de un pecado que jamas cesa*, como dice mi gran Padre S. Pedro (a). Hablo solamente de aquellos que, según dice el mismo Santo Apostol

del

(a) 2. Pet. 2. 14.

del justo Lot, tienen defendidos sus ojos y sus oídos quanto mas pueden de todo aquello que es contrario á la justicia y á la piedad (a). ¡Qué persecucion no sufren éstos, como aquel Justo, de las abominaciones de que está lleno el mundo! Pero ¿y qué? ¿No estamos obligados tambien nosotros á velar continuamente sobre nuestros ojos, como sobre unos ladrones domésticos y traidores que abren la puerta de nuestra alma á sus enemigos, y la dan en presa á la concupiscencia? (b) ¿No nos es preciso combatir diariamente en nosotros mismos el placer necesario é inseparable del comer

(a) *Aspectu, & auditu justus erat.*

(b) *Oculus meus deprædatus est animam meam. Thren. 3. 51.*

mer y beber, para que no nos transporte mas allá de los justos límites, y para que la necesidad no pase á delicias voluntarias y á un criminal exceso?

Paso en silencio los peccados del olfato, cuya tentacion es acaso la mas débil y la menos peligrosa. Pero ¿quien hay que se defienda de la tentacion de la lengua, aquella parte del cuerpo tan pequeña, y que causa desórdenes tan grandes, que el Apostol Santiago llega á decir, que ella es como aquellas chispas de fuego que causan el incendio de bosques enteros: que es un mundo de iniquidad: un mar inquieto é intratable: que está llena de un mortal veneno que infesta todo el cuerpo: que estando encendida con el fuego del infierno,

P
arde

arde y abrasa todo el curso de nuestra vida; y que siendo el hombre capaz de domar las bestias mas feroces, no puede domar su propia lengua (a)? ¿Quien no tiembla á la vista de un peligro tan inminente, ó será tan presuntuoso que se persuade ser él aquel hombre perfecto que no peque en el hablar (b)?

Pero quando se piensa en aquella otra especie de tentacion que hace decir á S. Pablo (aquel grande Apostol y Vaso escogido por Dios para llevar su Nombre á las Gentes), que él es carnal y como vendido al pecado: que sieute en sus miembros una ley que hace guerra á la ley de su espíritu:
quan-

(a) Ep. Cath. c. 3.

(b) Ibid.

quando se piensa en las funestas caídas de tan gran número de personas que, pareciendo invencibles á esta suerte de tentacion, han caído en ella miserablemente, ¿como se podrá estar en quietud en el tiempo de esta vida, en que jamas hay seguridad por esta parte?

Un estado tan miserable y el sentimiento de esta vergonzosa prueba, obligaban al Apostol á castigar su cuerpo, tratándolo como un esclavo, y esto es lo que lo hacia exclamar llorando: ¡*Infeliz que soy!* ¿*Quien me librará de este cuerpo de muerte?* La gracia de Dios, por nuestro Señor Jesu-christo, nos librará, es cierto, de sus asaltos; pero mientras dura la vida no nos libra de éste mismo cuerpo de pecado,

y solo con la muerte nos librará de él enteramente. Si no le pedimos pues como el Apostol, el que nos libre, será acaso porque nos familiarizamos demasiado con este mismo cuerpo de muerte, y porque no vemos ni consideramos atentamente el peligro en que estamos y estaremos mientras dura la vida.

¿Quando, ó Dios mio! quando llegará aquel dia en que se cierren mis ojos á la luz corporal, y á todos los objetos sensibles que derraman sobre mi vida una miserable dulzura, y la lisonjean con tan peligrosos atractivos? ¿Quando no tendré ya ojos sino para Vos? ¡ó Luz verdadera y eterna! ¿Quando no tendré ya oídos sino para oír vuestra voz, ni len-

lengua sino para alabaros, ni gusto sino por vuestra eterna verdad? ¿Quando no percibiré otro olor que el de vuestros perfumes? ¿Quando acabaré de verme libre de la guerra de las pasiones que combaten en mi carne? Libradme, ó Señor! librad mi alma de las redes de la concupiscencia, y acabad esta guerra con absorber mi mortalidad en vuestra inmortalidad, para que mis sentidos, así internos como exteriores, queden en una plena paz con Vos.

II.

A la tentacion de que acabamos de hablar, se sigue otra, que es en todos modos mas peligrosa, segun dice S. Agustín (a).

(a). Porque á mas de la concupiscencia de la carne, que se encuentra en los placeres de los sentidos, y á mas de los deleytes porque tanto se apasionan los hombres, hay en nuestra alma una pasion voluble, indiscreta y curiosa, que vistiendose con el nombre de ciencia y de conocimiento, la lleva á servirse de los sentidos, no ya para deleytarse en la carne, sino para hacer experiencias y adquirir conocimientos por medio de ella. No hablo aqui solamente de aquellas negras ciencias y de aquellas sacrílegas curiosidades de las artes mágicas y de las abominables supersticiones. Nada digo tampoco del deseo desregla-

(a) Conf. L. 10, c. 35.

glado de escudriñar la Magestad y los divinos secretos, de que nace una plena libertad que se da al propio espíritu para discurrir sin mas luz que la de la flaca y débil razon humana acerca de los Misterios infinitamente elevados sobre la misma razon, queriendo sujetarlos al juicio de una peligrosa Filosofia. De lo qual, ¡oxalá y no tuviésemos tan funestos exemplares en la impia turba de Materialistas, Idealistas, Deistas, Tolerantistas y otros, que con sus perversos escritos, han declarado en nuestros dias una sangrienta guerra á la Religion santa y á las buenas costumbres!

Pero aun sin hablar de esto, ¿quantos Christianos hay cuya vida está llena de esta
pa-

pasión de curiosidad, aplican-
 dose unos continuamente á es-
 tudiar cosas inútiles y de nin-
 gun provecho; fomentando
 otros un vano deseo de inquirir
 la vida de sus proximos, sin
 tener obligacion para ello por
 razon de su oficio; emplean-
 dose otros en un vano comer-
 cio de novedades, en que gas-
 tan los dias enteros; y otros fi-
 nalmente, en leer libros peli-
 grosos y nocivos, en el juego,
 en el teatro, en los bayles, y
 en otras cosas semejantes?
 Exáminémonos un poco, y ve-
 remos quan facilmente damos
 entrada en nuestro corazon á
 mil fruslerias impertinentes y
 ridículas, á mil curiosidades
 inútiles, y como se llena nues-
 tro espíritu de mil vanos fan-
 tasmás, quedando con ellos
 en-

enteramente disipado y dis-
 traído.

En este estado nos halla-
 mos y nos hallaremos siempre
 mientras nos dure la vida. Es
 preciso que nuestra fe sea muy
 débil, si amamos este estado,
 y no descamos salir de él. Si
 queremos satisfacer nuestra
 curiosidad, encaminémosla
 ácia alguna cosa verdadera-
 mente útil, y que sea digna de
 llenar nuestra alma. Aspire-
 mos á saciar, no los ojos de
 nuestra carne con la vista de
 la vanidad, sino los de nuestro
 corazon con la contemplacion
 de la verdad. No se llena el
 oído con los suaves y harmo-
 niosos sonidos, ni los ojos con
 la vista de magníficos espectá-
 culos; porque lo único que pue-
 de llenarlos plenamente, es
 aquel

aquel espectáculo que nos está reservado en el Cielo, el qual saciará perfectamente nuestro espíritu. Ver al Cordero que ha vencido con su Sangre aquel rugiente Leon, que nos buscaba para devorarnos; contemplar á Dios mismo en su magestad y en su gloria; adorarle y bendecirlo eternamente: estos son los espectáculos de los Christianos. Ved ahí lo que es digno de su curiosidad, y lo que debe causarles náusea por la tierra y por la vida presente, haciendolos desear aquella que los libertará de toda la concupiscencia de la carne y de los ojos.

III.

Pero el origen y manantial de todas las tentaciones: la
se-

semilla de todas aquellas guerras intestinas del hombre: el veneno mas sutil que trae oculto en sus entrañas por todo el tiempo de la vida, es la soberbia. Ella es una enfermedad tan radicada en el corazon de los hijos de Adán, que no hay quien pueda curarla sino es el Médico celestial. Es la soberbia una tentacion tan violenta y tan mortífera, que Jesuchristo, el qual vino al mundo para sanarnos de esta llaga, no ha dexado atormentar á S. Pablo con aquellas otras vergonzosas tentaciones de que tan frecuentemente se quexa, sino para que no cayese en la de la vanidad y soberbia (a). Es una
ten-

(a) *Ne magnitudo revelationum extollat me, datus est mihi stimulus carnis mee.*

tentacion tan oculta, que muchas veces, quanto está uno mas enfermo de ella, tanto menos la conoce, porque freqüentemente es castigada con una funesta ignorancia. Testigos aquellos soberbios de que habla San Pablo, (a) cuyo corazon insensato fue lleno de tinieblas, y entregado á un sentido réprobo.

Si hay algunos medios para discernir quanto está uno sujeto á las otras dos especies de tentaciones de que hablamos antes, casi ninguno hay para examinarse puntualísimamente acerca de esta passion. Ella es la mas difícil de curarse, porque es la mas opuesta á Dios, y mas indigna de

(a) Rom. 11.

de su gracia. Es la mas funesta y dañosa, porque arruina y hace inútiles todas las virtudes y todas las obras buenas, sin exceptuar ni aún el martirio. Es la mas sutil y la mas ingeniosa, porque el origen de las demas pasiones, por lo comun, es vergonzoso; pero la soberbia puede nacer de la virtud misma, y de la victoria de todos los vicios. Quanto mas merece un hombre la alabanza, tanto mayor motivo tiene para temer la soberbia; y quedará herido de ella y vencido, al punto que deliberadamente la reciba y la escuche con la complacencia y gusto del amor propio. Que si él rechazándola con un generoso desprecio, parece quedar vencedor de ella y triunfante;

su triunfo mismo, si no está muy atento, hace revivir este enemigo, y lo hace despues triunfar de él (a).

O Dios! ¡qué estado es este del hombre en esta vida! ¿Es acaso vivir, el estar cada momento en un inminente riesgo de perder para siempre la mejor vida? En ningun lugar podemos estar libres de esta tentacion. No estamos seguros de sus asaltos ni en un Claustro, ni en el fondo de un desierto entre las mayores austeridades, ni en medio de toda suerte de obras buenas, de todas las virtudes mas heroicas; porque la soberbia, que se oculta como una astuta serpiente baxo estas flores de tan buen

(a) *Ecce vivo, quid triumphas? Et ideo vivo quia triumphas.* S. Aug.

buen olor, y aun baxo la humildad misma, puede desde alli asaltarnos, darnos una herida mortal, y hacernos perder el fruto de nuestros trabajos y de nuestras virtudes. Es pues un ciego y un insensato aquel que rehusa seguir la voz de Dios quando lo llama para ponerlo en seguro y á cubierto de todos estos temores, libertándolo para siempre con una santa muerte de todas las tentaciones de la soberbia y demas que asaltan por todas partes á nuestra alma por todo el tiempo que dura la vida.

Concluyamos diciendo, que no hay cosa mas apetecible que la muerte para aquel que vive de la fe; y que es una cosa incomprehensible, el que pueda juntarse el conocimien-

to cierto que ella nos da, y que la experiencia confirma, de la miseria de esta vida, y del peligro en que estamos por la continua guerra de la carne contra el espíritu: juntarse, digo, con este amor prodigioso de la vida, y con este excesivo temor de la muerte; como si temiésemos llegar demasiado breve al Puerto, y vernos quanto antes en una perfecta seguridad.

Padre nuestro, que estás en los cielos, y que veis nuestros combates y nuestros peligros sobre la tierra: no nos dexes caer en tentacion. Llevadnos á Vos, y ponednos á cubierto baxo la sombra de vuestras alas. Escondednos en aquel Seno adorable que teneis abierto para vuestros hijos, y
en

en que los escondereis por toda la eternidad.

I. VIRTUB.

El odio al pecado.

NO hay verdadera penitencia sin aborrecimiento al pecado, y este odio debe ser sumo: porque como Dios es sumamente amable, así es sumamente aborrecible el pecado, que es su enemigo. Dios lo aborrece sumamente, y esto debe bastar á una alma que ama á Dios, para inspirarle una mortal aversion al pecado mortal, á quien Dios ha castigado y castiga severísimamente.

Un solo pecado de pensamiento en los Angeles, lo castigó en tan terrible modo, que
la

la mas noble entre las criaturas, vino á convertirse por la culpa en un monstruo mas horrible y deforme que lo que se puede imaginar; y seis mil años de infierno por este solo pecado, no son sino el principio de sus tormentos, que comenzarán siempre, y que nunca jamas tendran fin.

El solo pecado de Adan, por quien hizo novecientos años de penitencia sobre la tierra, ¿qué trastorno no ha causado en la naturaleza? Bien lo experimentamos en nosotros mismos.

¿Pero qué le costó á Dios el destruirlo? En vano se cansaría el entendimiento para comprehender el odio y el horror que tiene Dios al pecado. Para concebirlo, sería nece-

cesario poder comprehender lo que es anonadarse un Dios haciendose hombre, derramar su Sangre este Hombre-Dios, y morir sobre una Cruz para destruir los pecados de los hombres. Pues ¿quan grave mal será el pecado, que costó la vida, la mas preciosa de todas las vidas, á nuestro amante Redentor! Si no aborrecemos este horrendo monstruo con el mayor odio que podamos, si no huimos de él con quanta velocidad podemos, si no lo detestamos como á nuestro sumo y único mal, somos insensibles á la gloria de Dios, á nuestros propios intereses, y nos hacemos culpables de la mas negra perfidia, alevosia é ingratitude para con nuestro buen Padre y amable Dios,

por

por cuyo amor debemos aborrecer de corazón todo lo que es ofensa suya, procurando con su gracia evitar aún las culpas veniales, que tanto desagradan á su Magestad, y que tanto impiden nuestro provecho.

II. VIRTUD.

La Vigilancia.

ES preciso no olvidarnos de la virtud que tanto nos sirve para defendernos de las tentaciones y del pecado, y que el Hijo de Dios nos ha propuesto como la mas necesaria para prepararnos á la Muerte y al Juicio. *Velad, (a)*
dice,

(a) Matth. 24. 42. Ibid. 25. 13. Marc. 13. 37. Ibid. 24. 44.

dice, *porque no sabeis á qué hora vendrá vuestro Señor: no sabeis el día ni la hora. El vendrá en la hora que menos penseis. Y lo que á vosotros os digo, lo digo á todos, velad. Bienaventurados aquellos siervos á quienes quando venga su Señor los hallare vigilantes.*

Esta virtud de la Vigilancia incluye otras muchas. La comparacion que hace nuestro Señor entre el momento de la muerte y el diluvio que sorprendió á los hombres, ocupados enteramente en los cuidados y negocios de esta vida, nos hace ver que no debemos entregarnos tan del todo á los negocios y ocupaciones temporales, que no nos reservemos el tiempo necesario para pensar en la vida eterna, en la muer-

muerte, en los medios que Dios nos ha dispuesto para prepararnos á una y otra, y en los estorvos é impedimentos que es preciso quitar y evitar para no ser sorprendidos.

Es tambien preciso el no caer en el olvido de la muerte, figurada por el sueño de aquel hombre que duerme al tiempo que los ladrones entran en su casa. Y si un hombre que supiese la hora en que los ladrones habian de asaltar su casa, velaria ciertamente para no ser robado, ¿como no deberemos velar nosotros, que no sabemos el día ni la hora en que vendrá el Señor, y que antes bien sabemos que no hay momento alguno en que no pueda venir?

La Oracion es inseparable de

de la Vigilancia. Porque si el Señor no vela él mismo sobre nosotros, y no nos guarda con su mano omnipotente, es inútil el que velemos para guardarnos nosotros mismos. Pues esto es puntualmente lo que hacemos con la oracion: empeñamos á Dios para que vele sobre nosotros. Jesuchristo y sus Apóstoles han juntado siempre estas dos cosas. *Velad y orad*, dixo á sus discípulos, *para que no caigais en la tentacion*. En San Lucas dice: *Velad pues, orando siempre, para que seais hechos dignos de evitar todos estos males, que sucederan, y para comparecer con confianza ante el Hijo del hombre*. San Pedro, Principe de los Apóstoles, habla como su Maestro. *Sed pues sabios*, dice,

dice, y velad en la oracion. Sed continuos en la oracion, dice San Pablo, y acompañadla con la vigilancia, y con la accion de gracias... Invocando á Dios en espíritu, dice en otro lugar, en todo tiempo y en todos modos, y velando para esto con perseverancia en la oracion (a). Sea pues incansable nuestra vigilancia, y sea fervorosa nuestra oracion, para que por estos medios evitemos todo lo malo, y estemos prontos á recibir á nuestro Señor quando le agrade el sacarnos de esta mortal vida.

Exámen, Humillacion, Penitencia y Rosario.

ME-

(a) Luc. 21... 1. Pet. 4. 7... Colos. 4. 2. Eph. 6. 18.

MEDITACION
PARA EL OCTAVO
Y ULTIMO DIA.

Ha de desear la muerte el Christiano por amor de la Patria celestial, como forastero sobre la tierra y ciudadano del cielo.

MAS LIBRANOS DE MAL.
AMEN.

UN Christiano, un miembro de Jesuchristo, no es en manera alguna de este mundo, como no lo es su adorable Cabeza. Está en él como forastero, como desterrado, como peregrino, segun dicen los dos grandes Apóstoles (a). Es un

R en-

(a) 1. Pet. 2. 11. Hebr. 12. 13.